

## **El álbum de la guerra**

Se podría hacer un álbum de fotos de guerra, pero sería un álbum fatídico, hiriente, casi de mal gusto. Lo digo mirando "Cosecha de muerte", de Timothy H. O'Sullivan, los cadáveres sin zapatos en primer plano, el hombre a caballo borroso, entrando o saliendo de la niebla allá a lo lejos. Las bombas de Roger Fenton, como si se hubiera desperdigado un convoy de calabazas. Lo digo mirando y creyéndome "El miliciano muerto", de Robert Capa, quien seguro coincidiría conmigo, habiendo perdido él a Gerda Taro y a sí mismo en la guerra, fotografiando la guerra. Lo digo mientras me miran los ojos de "La niña afgana", de Steve McCurry, que tanto sabe de guerra. Lo digo conociendo la historia o parte de la historia de la foto de "El buitro", de Kevin Carter, que un día puso fin a su propia guerra para reunirse con Ken, su amigo perdido años antes. Nada bueno, en fin, podría salir de este intento de hacer un álbum de fotografías de guerra.

Sebastião Salgado también me daría la razón. Cuando salió de Ruanda, después de su último viaje como reportero de conflictos de guerra, no creía que alguien mereciera vivir la vida, porque simplemente había perdido la fe en la salvación de la especie humana. Y sin embargo, no me atrevo a decir que todas estas fotos no sean necesarias; más bien afirmaré que quizás son tan o más necesarias que cualquier otra foto que consideremos imprescindible. Pero al final yo no construiría el álbum de fotos, al menos no con estas fotos, porque yo ya tengo mi propio álbum de fotos de guerra. Su historia es esta.

Mi tío había ido a la guerra en Angola. Yo era un niño y no me preguntaba siquiera qué lo había impulsado a ir. Más tarde lo sabría. Una mañana mi mamá me enseñó en el mapa dónde estaba su hermano con la exactitud de su dedo índice señalando una cuadrícula verde con palabras de otro idioma. Desde aquel lugar desconocido e impensable, junto con las cartas que solía enviar venían unas fotos que eran sólo y exclusivamente para mí. Por detrás mi tío escribía cosas, contaba historias que inventaba a partir de las imágenes que veía y hacía.

Las historias, que tenían una continuidad, una trama, no hablaban nunca de la guerra. Describían la vida de los niños, los animales y las cosas de aquel lugar –o más bien de otro lugar, totalmente inventado–, una vida que transcurría más allá de la existencia y de la voluntad de las armas y los soldados. Los viernes, cada catorce días, yo lograba escapar por un momento de mi cotidianidad, volaba hasta África, de la cual muy pronto

el mapa dejó de decirme nada –si es que alguna vez me dijo. Volaba por encima de casas y ríos dentro del álbum –que llegó a ser muy grueso después de dos años– que llegué a construir con las fotos de mi tío, cada una anotada por detrás, a veces en color, a veces en blanco y negro, a veces escritas con tinta negra o roja o azul o verde.

Hoy me gusta pensar que mi tío escapaba él también de la guerra al escribir estas historias y que lograba venir hasta la casa junto con las fotos. Me gusta pensar que yo no era más que la justificación que encontró para escribirlas, algo así como el destinatario que necesitaba –como todo discurso necesita uno– y al que las mandaba no fuera a ser que se perdieran o que él muriera en la guerra. Hoy creo que las historias antecedian a las fotografías, que éstas el tío las sacaba después, guiado y quizás obligado por las primeras. Porque qué relación podía tener esa normalísima cebra que yo veía pacer en la sabana con aquella que se elevaba cada mañana por encima de bosques y cascadas para llevar un niño a la escuela. Y sin embargo, no cabe dudas, era la misma cebra. Así, hoy lo pienso todo como al revés, y en vez de leer un álbum de fotos comentadas, leo un libro de historias fantásticas, un libro de historias ilustradas que protagonizaba un niño llamado José.

Y me gusta pensar que mi tío encontró su propia salvación, íntima y particular, en esa colección de fotos, como Salgado en la regeneración de su selva.



Yo y mi tío, antes de irse a la guerra (cc.1981)